

CHICHO



"Los intereses creados" de Benavente en el Español

El gran estafador

El madrileño Teatro Español reabrió sus puertas el pasado 29 de enero, medio año después de que un incendio aún sin aclarar —el tercero de importancia en su historia— obligase a acometer considerables trabajos de rehabilitación. Gustavo Pérez Puig ha elegido la obra más popular del premio Nobel Jacinto Benavente, *Los intereses creados*, para inaugurar la segunda temporada de su controvertida etapa como director del teatro municipal.

Los personajes de *Los intereses...* llevaban ya bastantes años sin pisar los escenarios de Madrid. El último director que intentó montar esta obra fue, curiosamente, Miguel Narros, antecesor en el puesto de Pérez Puig. Narros tenía previsto que José Pedro Carrión hiciera el papel protagonista, pero el proyecto no consiguió el visto bueno del Montepío de Actores, entidad que posee los derechos de autor, y no pudo fructificar. Pérez Puig ha tenido mejor suerte, y José Sazatornil, Saza, la fortuna de encarnar al locuaz y pícaro Crispín, personaje que maneja con sus dedos los hilos de esta comedia.

Los intereses creados es, probablemente, la pieza más original de su autor, pero no la mejor. Benavente quiso situarla en un tiempo pretérito —el siglo XVII— y en un espa-



Pérez Puig ha optado nuevamente por una obra y una estética muy del gusto de sus aficionados. Encabezando el reparto, José Sazatornil (arriba), que encarna al pícaro Crispín.

cio imaginario, plagado de personajes tomados de la *commedia dell'arte* para, desde esa distancia, hacer una suave crítica de algunos males intemporales: estafa, picaresca, corrupción...

Antes que autor, Benavente fue empresario de circo; mucho antes, en su infancia, se divertía manipulando un teatro de tablas, cartones, y muñecos a los que, con su voz, ponía las de los actores y actrices de moda. Con el espíritu que animaba aquel tablador y su etapa circense escribió *Los intereses...* De este capítulo poco ha quedado en la versión que se ofrece ahora.

El director del Teatro Español ha querido subrayar lo que de actual tiene el texto utilizando, en los cuadros primero y último, un vestuario que amalgama estilos y modas de nuestro siglo. La misma intención persigue la escenografía del primer cuadro, que simula el perfil de una ciudad que recuerda en mucho al Madrid de los Nuevos Ministerios y de las torres de Azca. Este empeño choca con el lenguaje arcaizante empleado por el autor; resta magia y no añade gran cosa a su propuesta.

La acción que caracteriza la representación de cualquier farsa, incluso de ésta, tan literaria y estilizada, aquí está apenas bosquejada; el texto, muy dicho y poco hecho. El elemental movimiento que desarrollan los personajes parece, en ocasiones, más pensado para un espacio dramático televisivo que para una comedia de polichinelas. Alguno de los actores jóvenes se limita a servir el texto y a pasear los dos modelos que por cada personaje ha diseñado Ivonne Blake. Mayores recursos exhiben los veteranos Julio Tejela y Encarna Abad.

La puesta en escena se soporta en la monumentalista escenografía de Gil Parrondo y, sobre todo, en los recursos de José Sazatornil, que ve cargada sobre sus espaldas aún más responsabilidad de la mucha que el autor puso sobre las de Crispín y sale, con todo, airoso del empeño. Poco se ha podido apoyar el muy eficaz Saza en el contrapunto que debiera ofrecerle su *alter ego* Leandro; Juan Carlos Naya hace una interpretación muy plana de un papel que requiere la rara cualidad de saber escuchar activamente, durante el largo tiempo que ha de permanecer mudo en escena.

La mayor fortuna de *Los intereses...* es que cuenta con un incondicional público adulto, acompañado en esta ocasión por bandadas de colegiales a los que en el COU de este año han colocado la obra como lectura obligatoria. □

Javier Vallejo